

PRECIOS DE SUSCRIPCION
FAGO ADLANZADO

Madrid, un mes, 5 pesetas.—Provincias y Portugal, trimes-
tro, 15 pesetas.—Antillas españolas y naciones convecidas del
trato postal, trimestre, 15 pesetas.—Los demas paises, 15
pesetas.

Número suelto 5 céntimos

DIRECTOR:

DON ALEJANDRO LERROUX

DIARIO REPUBLICANO-PROGRESISTA

REDACCION Y ADMINISTRACION

CUEVA, NÚM. 5, ENTRESUELO

Teléfono 332

Comunicados y anuncios españoles, precios convencionales.
Anuncios extranjeros: se reciben en la Agencia Maras, pla-
za de la Bourse, núm. 8, en París.—Sociedad general de
anuncios de España, Alcala, 6 y 8, Madrid.
La correspondencia al gerente:

DON RAFAEL GINARD DE LA ROSA

Galicia por la patria

La Junta, aclamada en la Coruña como
guía fidelísimo del movimiento gallego, viene
cumpliendo admirablemente con su deber.

Después de convocar al pueblo a un *meeting*
solemnísimo, en el que ha recibido la sanción
de sus poderes y el sello de su autoridad, ac-
aba de constituirse en convención, y asumirá
todas las facultades que en tal concepto le co-
rresponden.

Y hace bien la Junta de la Coruña. Toda
España debe agradecerle esa generosa ac-
titud.

Porque no hay que perder de vista lo que
significa la obra de Galicia en el asunto de
las capitulaciones militares.

Podrán luchar por la capitalidad otras im-
portantes ciudades, todas ellas dignas de que
el Gobierno atienda sus pretensiones.

Unas solicitan la conservación de la capi-
tania general por razones de brillo, de presti-
gio, de legítima vanidad.

Otras piden lo mismo porque la capitalidad
militar es para ellas fuente de recursos, por
que con ella los vecinos viven y el comercio
se anima.

Galicia no solicita la conservación de su ca-
pitalidad por esas razones, después de todo
atendibles y respetables.

Galicia pide la capitania general por la pa-
tria y para la patria.

No la mueve un interés en cierto modo
egoísta, no; Galicia, y sobre todo la Coruña,
tienen vida propia para subsistir sin necesi-
dad del apoyo de un centro militar.

Galicia es un país pobre, pero por todo ex-
tremo trabajador. El gallego piensa poco en
las ventajas que pueden reportarle sus relacio-
nes con el Estado y con el erario público.

El gallego es laborioso, incansable, siente
la fiebre del trabajo, cultiva su terreno con un
afán enteneecedor de hormiga; como labrador
vive sobre lo que produce: una vaca y media
fanega de tierra; como industrial, ofrece por
un salario mínimo a la producción; como ma-
rino, navega por todos los mares, famoso por
su valor, su blandura de carácter, su econo-
mía, su sobriedad.

Cuando el gallego ve que le falta tierra en
que apoyarse, no se desalienta. Emigra vale-
rosamente; Castilla los ve pasar en bandadas,
son, por el contraste, uno de los encantos de
Andalucía, donde suele ser el gallego el traba-
jador por excelencia.

Han poblado la América del Sur con su ad-
mirable fecundidad de raza inagotable. Dia-
legar a que todos los españoles serán gal-
legos si se logra evitar la emigración y esa
corriente de criaturas se desborda para dentro.

Un pueblo así no necesita del puñado de mi-
llones que les lleva una Capitania general.
Esa razón de utilidad, ese motivo de sordido
interés todavía no ha salido de los labios de
ningún gallego. La Junta habla de la digni-
dad de las provincias gallegas; la prensa de
los grandes intereses de la patria.

Por nuestra parte insistimos en la tesis de
ayer, y transmitida por telegrama a Galicia ha-
yendo el honor de ser aceptada como buena
por los inteligentes periodistas gallegos.

Si, Galicia al trabajar por su Capitania ge-
neral, trabaja por el honor, por la seguridad,
por la defensa de la patria.

España tiene que vivir en paz con Francia.
Debe, en cambio, temerle todo de Inglaterra.

Y para Inglaterra la llave de España por el
Nordeste está en Galicia.

Confiéndonos en su nobilísima protesta los
dignos y severos varones que forman la Junta
de la Coruña. Piensen, si alguna vez vacilan
en sus energías resoluciones, que no lo espe-
ramos ni tememos en manera alguna, que no
sirven un interés pequeño, estrecho y egoísta;
que al recabar la capitania general no piden
para Galicia, sino para España entera.

Galicia merece bien de la patria, puesto que
por ella trabaja, sufre y protesta.

LOS GALLEGOS EN MADRID

En un centro de esta capital ha nacido una
idea patriótica, digna por esto de eficaz ayu-
da, y de simpatía también por los sentimientos
de fraternidad que revela.

Entre otros grandes empujes que adornan
al gallego, distingue principalmente la del
amor a la hermosa tierra que le vio nacer.

Un gallego que no ame a Galicia no es gal-
lego, ó no merece serlo.

El divorcio entre el gallego y la *terra* no
se concibe.

Pues bien, un núcleo respetable de gallegos
que residen en Madrid han concebido la idea
de realizar un acto cualquiera que demuestre
a sus hermanos de por allá, que están en es-
píritu con ellos, que comparten sus penas, como
participan de su indignación por el atentado
funesto de que son víctimas, y que están dis-
puestos a ayudarse en su empresa de reivindi-
cación con tanta energía como patriotismo em-
prendido.

Para realizar este fin, los entusiastas gal-
legos han decidido excitar a toda la
colonia gallega de Madrid a que se reúnan un
día determinado y verifique una manifestación
pública de protesta contra los proyectos que
privan a Galicia de su capitalidad militar y de
adhesión a la Junta de defensa constituida en
la Coruña.

En Madrid hay más de 30.000 gallegos. Cal-
culase que mas de 30.000 acudirán a la mani-
festación que se proyecta.

Puede, pues, imaginarse, si el acto resulta-
rá imponente.

Sabemos que el núcleo que ha tomado la
iniciativa para realizar la manifestación, em-
pieza desde hoy sus gestiones y procederá con
toda actividad.

Probablemente acudirá al Centro Gallego,
donde es seguro que la idea será acogida con
entusiasmo.

Bien por los gallegos.

COMENTARIOS

La Junta de defensa de la Coruña se ha de-
clarado en convenio cón.

Parécenos que esta declaración exige otra
por parte del Gobierno del Sr. Sagasta.

V es declararse en fuga.

El subsecretario de la presidencia, Sr. Villa-
nueva, ha dimitido su cargo para poder com-

batir los presupuestos de Ultramar, que juzga
desastrosos para su país.

Mal hecho.

Por que, según *El Imparcial*, los intereses
particulares deben supeditarse a los generales
a los generales del Estado.

En virtud sin duda de aquel principio que
ordena que el pez grande se coma al chico,
siempre que tenga hambre.

La teoría del diario fusionista «independien-
tes es esta:

«Cualquiera que no piensa en progresista sabe
que las antiguas Cortes sucumbieron porque no re-
presentaban ya el interés general, sino el interés
de Burgos y de Toledo, de Avila, de Segovia, de
otras cuantas ciudades principales y nada más. La
monarquía absoluta se aprovechó de las ventajas;
pero la obra fue hecha por el particularismo y el
exclusivismo queparecen nuestra eterna condena-
ción.»

«No les parece a ustedes que está fuerte en
hermenéutica *El Imparcial*?

Pero la verdad es que no necesitaba falsear
la historia para sostener su tesis.

«¿Qué es lo que pretende *El Imparcial*? ¿que
Maura pueda meterse las Antillas en el bolsi-
llo, López Dominguez hacer de Galicia un
pandero y Gamazo merendarnos a todos sin la
menor protesta?

Pues dígalos y cuento concluido.

Del mismo colega:

«No representantes de la nación, sino represen-
tes de tal ciudad ó tal provincia, se consideran los
diputados? Pues entonces las Cortes representa-
rán cualquier cosa menos la nación, y esta habrá
de buscar fuera de las Cortes quien la represente,
y hablará yaya si hallará su representante.»

Pero venga acá el diario fusionista, antes
democrático.

«¿Qué nación ha visto que no sea un agrega-
do de razas, de intereses y de organismos, que
es preciso atender por igual, sin supeditar
unos a otros para evitar rivalidades y antago-
nismos, siempre funestos a la integridad nacio-
nal?»

«¿Qué nación puede subsistir donde se desco-
nocen esos intereses, se atropellan esos orga-
nismos y se humillan esas razas?

«¿Qué hombre de honor puede considerarse
representante de la nación si, para llamarse
así, tiene que abofetear a su madre, entregar
su país indefenso a una invasión extranjera,
renegar de todos los afectos del corazón y ne-
gar a los mandatos incontrastables de la na-
turalaleza?»

«¿Es que hemos perdido ya todos el verdade-
ro concepto del Estado y sólo lo conserva puro
el Sr. López Dominguez, que estuvo en Crí-
mea y no estuvo en Galicia?»

«¿Es que aquí para ser diputado de la nación
se necesita vaciar todos los días la masa encefá-
lica a los pies del Sr. Gamazo, para que pien-
se por nosotros; dejar la lengua colgada en
una percha del Congreso para que hable por
nosotros el Sr. Maura y declararnos todos hi-
jos de la Rieja, para que nos crea españoles el
Sr. Sagasta?»

Por lo visto, *El Imparcial* quiere que los di-
putados de la nación, para serlo, no hayan na-
cido en ninguna parte.

Si bien se mira, el colega no pide un imposi-
ble.

De esos diputados hay ya muchos en el Con-
greso.

«¿Quién se atreverá si no a decir de dónde
son los diputados gallegos?»

Cortamos:

«Una comisión del Consejo de Instrucción pú-
blica, presidida por el Sr. Górriz, ha visitado al se-
ñor Sagasta para «suntos referentes a la clasifi-
cación pasiva de dichos señores.»

Pues la cosa no ofrece dificultades tratán-
dose de miembros del famoso consejo.

Que los clasifique entre los inútiles.

Sin el haber que por clasificación les corres-
ponde.

De *La Epoca*:

«¿Qué podemos esperar de una situación que, al
legar sobre las provincias de Cuba y Puerto
Rico, tiene enfrente a sus representantes en Cortes,
a la prensa de ambas Antillas, a los partidos in-
condicionales de las mismas, y sin embargo, no ra-
troceado?»

Si los conservadores hubieran sufrido una derro-
ta semejante, porque las victorias por un voto ó
dos en un proyecto de gobierno tan transcendental,
no son tales victorias, estamos seguros que el se-
ñor Canovas habría parecido como la dignidad po-
lítica aconseja en tales casos a los hombres que se
hallan al frente del poder.

No sabemos lo que habrían hecho en ese
caso los conservadores.

Quizá cometiesen la torpeza de dejar el po-
der a los fusionistas.

Para que éstos se lo dejasen a los conserva-
dores en un caso análogo.

Pero va ven cómo se han equivocado.

Los fusionistas no dejan el poder a los con-
servadores.

Nos lo dejarán a nosotros.

El Correo:

«Varias veces hemos dicho, mandando nuestros
amigos y estado cudos, que aun teniendo razón,
es una dificultad inabitable para las artes del Go-
bierno el acumular muchos problemas a la vez.»

Si eso ha dicho el colega, bien dicho estuvo.

Y, precisamente porque estuvo bien dicho,
no está mal que lo repita ahora para que se
vaya enterando su jefe de que es una «dificul-
tad», y grave, «acumular muchos problemas a
la vez.»

Sin tener resolución ninguna para ellos, de-
bió añadir el colega.

El Sr. López Dominguez no ha asistido ayer
al Congreso.

Apela al sistema de la fuga, con tanto éxito
empleado por el Sr. Montero Rios.

No en vano son ambos de una misma proce-
dencia.

Sin embargo, hay que convenir en que cier-
tos procedimientos no favorecen nada a un mi-
litar de prestigio.

En tales apuros puede verse Themis que le
sea licito a veces metamorfosearse en la anguila
de Esculapio.

Lo que no procederá nunca es que Marté
tueque su casco férreo por el caduceo aliado
de Mercurio.

Al terciar ayer en el debate sobre la situa-
ción de Galicia los señores marques de Figue-
roa y Alsina, diputados gallegos, se oyeron
dentro del salón de sesiones voces de *general*
pronunciadas por diputados de la mayoría.

El Sr. Alsina es un perfecto ministerial, y
por consiguiente debó hacer lo que la mayoría
le manda.

No debe volver al Congreso.

Ya sabe donde está su sitio.

En la Coruña.

APUNTES COMICOS

Continúa en pie el conflicto de los boti-
carios.

El ministro les exige un sello de 10 cénti-
mos por cada receta que despatchen, y ellos,
como es natural, cogen el cielo con las manos,
porque a nadie le gusta hacer desembolsos y
menos cuando no tienen justificación posi-
ble.

Es lo mismo que si a mí me obligaran a
poner un sello en cada cuartilla ó me sacaran
un perro grande cada vez que le doy los bue-
nos días a la portera.

Claro que el ministro tiene mucho que cavi-
lar para obtener recursos, ahora que estamos
en la penúltima miseria, como quien dice;
pero ¡carambal! esto de que además se nos
exijan timbres móviles por cualquier cosa,
enciende la sangre.

Hoy se impone una contribución sobre las
medicinas; mañana se impondrá otra sobre los
enfermos y ha de llegar día en que pagaremos
por estar malos, por dormir, por hacer el
amor, por detestar a los chiquillos, por todo
absolutamente.

Llegará un hombre a su casa con síntomas
de cólico.

«¡A ver!»—dirá a su esposa.—«Que me arreglen
la cama.»

«¿Qué traes, Cefirino?»

«Traigo unos rumores sospechosos en la
parte interna y un desasosiego muy grande en
ambos vacíos.»

«¿Dios mío! ¿Será el cólera?»

«No; debe ser el escabeche. Cuando toso lo
echo por las ventanas de la nariz... Dame
cuanto antes una taza de hierba Luisa.»

«No, lo primero es la ley.»

«¿Que ley?»

«Voy a pegarte un sello móvil en la tripa,
para cumplir con el ministro de Hacienda.»

Y el del cólico tiene que ponerse un sello
junto al ombligo, a mano derecha, para quan-
do venga el inspector del timbre a pasar re-
vista.

Los inspectores serán elegidos entre las per-
sonas de mayor integridad y recorrerán los
domicilios preguntando:

«¿Hay aquí alguien enfermo?»

«No señor,—contestarán los contraventeros
de la ley.»

«Tengo que comprobarlo por mí mismo...
Enséñeme usted las camas.»

«Ante todo está el cumplimiento de mi de-
ber.»

Llega el inspector a una alcoba y se detiene
sorprendido.

«¿Quién es esta mujer?»—pregunta alzando
la sábana.

«La cocinera.»

«¿Que tiene?»

«Nada, que se disgustó con el novio por-
que le prestó unas botas y no se las devuelve.»

«¿Se ha puesto usted el timbre móvil?»

«No, señor. ¿Dónde quiere usted que se lo
pusieramos?»

«En cualquier parte. La cuestión es contri-
buir a los gastos del Tesoro.»

Y queridas que no, la cocinera quedará sella-
da, por orden del Gobierno.

Cada día aumentan las exacciones y los dis-
gustos. Hay un proyecto de ley obligándonos
a pagar contribuciones por los hijos: si son
rubios devengarán 2 pesetas; si morenos, ca-
tores reales; los entrecerrados costarán a tres
pesetas uno con otro.

Un diputado de la mayoría, muy entendido
en asuntos económicos, va a presentar otro
proyecto de ley estableciendo un impuesto so-
bre el amor.

He aquí alguna de sus disposiciones:

«Por escribir una carta amorosa, una peseta
50 céntimos.»

«Por pejar la pava por el ventanillo 1 pe-
seta.»

«Por seducir a una hija de familia pobre,
pero honrada, 0,75 céntimos.»

«Por huir del hogar paterno con una seño-
rita, 2 pesetas.»

«Por convencer a la criada, 10 céntimos.»
Y así sucesivamente.

Hace lo menos cuatro días que no se hunde
ninguna casa, y esto es faltar a la costumbre
establecida.

Los madrileños, al saludarse, no sólo se pre-
guntan por la salud, sino también por la de la
casa y sus dependencias.

«¿Cómo tiene usted a la familia?»

«Buena, gracias.»

«¿Y el domicilio?»

«Se caerá el sábado probablemente. Ayer
se derrumbó una pared encima de mi cafada.»

«Es natural, ¿y la mató?»

«No; le rompí una pierna por cinco par-
tes.»

«Ha tenido usted suerte.»

Los médicos de la casa de socorro ya no pre-
guntan a los heridos por la causa de sus des-
calabres. Cuando ven que les llevan a uno dan-
do las boquedadas, se limitan a decir a los an-
dantes:

«A ver, Fulano! Traiga usted un vendaje
de hundiimiento.»

Para la próxima semana se anuncian varios
hundimientos a diferentes horas, a fin de que
el público pueda disfrutar de todos ellos.

Los arquitectos están encargados de redactar
los carteles.

Con motivo de la clausura de los Jardines
del Retiro, la gente baja al Prado por las no-
ches; pero la luz es allí tan escasa, que las ma-
nas viven en vilo.

Los novios y las novias se aprovechan de la
penumbra para cojerse las manitas, y a cada
paso dicen las manías:

«Niños, cuidadito.»

«Doña Jemra,—suele decir algún enamo-
rado doncel.—Yo soy un caballero.»

«Sí, pero hay piquísima luz, y desde aquí
no le distingo a usted las manos.»

En fin, una de dos: ó el Ayuntamiento au-
menta el número de faroles, ó coloca un vigi-
lante al lado de cada pareja, porque de lo con-

trario, la Asociación de Padres de familia va
a tener que tomar cartas en el asunto, y el día
menos pensado se encuentran citadas ante el
gobernador civil las de Perez, López, Sánchez,
Martínez, Rodríguez y otras varias señoras
acabadas en *cada*.

Luis TARRADA.

(De colaboración especial.)

Los obreros panaderos

«Meeting» en el Liceo Rius

Desde la una de la tarde comenzaron a acu-
dir grupos de obreros panaderos, que fueron
ocupando las localidades del Liceo Rius.

A las dos y media más de dos mil especta-
dores, entre los que había bastantes mujeres,
llenaban por completo palcos, butacas y pasi-
llos.

El calor que se sentía en la sala era verda-
deramente sofocante. El gobernador había to-
mado grandes precauciones, en previsión de
que pudiera alterarse el orden.

La mesa estaba compuesta por los compa-
ñeros Longareda y Castiella (presidente y se-
cretario respectivamente), el delegado de vi-
gilancia del distrito del Hospital Sr. Domín-
guez, y el abogado de la sociedad D. Agustín
Retortillo y de León.

A las tres próximamente comenzó la sesión,
haciendo uso de la palabra el compañero Cer-
meño, quien dió cuenta del resultado de las
gestiones practicadas por la comisión mixta
de obreros y patronos cerca del gobernador,
para llegar a un común acuerdo, y las condi-
ciones de este.

Cuando Cermeño hacía estas explicaciones,
uno de los asistentes, el compañero Paz, le in-
terumpió manifestando que su hermano An-
drés Paz (uno de los individuos mas signifi-
cados del gremio, acababa de ser detenido en la
puerta del Liceo).

«¡Vamos todos a la delegación por el!»—ex-
clamó uno, é inmediatamente muchos comen-
zaron a salir apresuradamente del patio.

Entonces el Sr. Retortillo se levantó, y con
voz potente, pues era difícil hacerse escuchar
por el ruido que entonces se producía, dijo:

«Compañeros, tened calma y escuchadme;
no salgais del local; la autoridad gubernativa
ha tomado rigurosísimas medidas; no la de-
mos ocasión para que nos atrepellen. Yo voy
ahora mismo a la delegación de vigilancia
para ver lo que ha ocurrido; confiad en mí, os
prometo que dentro de breves instantes volve-
ré en unión del compañero Paz.»

(Estrepitosos aplausos; el Sr. Retortillo salió
del teatro acompañado de dos ó tres obreros.)

Continuó el compañero Cermeño su in-
terumpido discurso, expresando las bases con-
venidas por los comisionados que se han hecho
constar en el acta que todos firmaron.

En estos momentos aparecen en la puerta de
la sala el Sr. Retortillo y el detenido An-
drés Paz.

Con una nutridísima salva de aplausos re-
cibieron a los señores Retortillo y Andrés Paz.
Retortillo ¡viva nuestro abogado! se sucedie-
ron durante largo rato.

El Sr. Retortillo: Compañeros: Como os pro-<

